MI DULCE MADRE

VIDA DE MADRE SOCORRO ASTORGA (1769–1814)

MONJA MÍNIMA DEL CONVENTO
JESÚS MARÍA DE ARCHIDONA
(MÁLAGA)

Puede imprimirse
P. FRANCISCO MARINELLI
Superior General de los Mínimos

Presentación

Estamos gratamente sorprendidas por lo acaecido con la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga Liceras, fallecida en olor de santidad en el Convento de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula de Archidona, en el año 1814.

En 2014, al cumplirse los 200 años de su muerte renace como una polvareda el recuerdo de *la monja santa* archidonesa, fama que tiene en el pueblo y alrededores, sin querernos adelantar al juicio de la iglesia.

Naturalmente que en la comunidad donde ella se santificó se conserva el recuerdo de su testimonio como auténtica mínima, se guardan y custodian sus escritos en una cajita de madera desde que fueran colocados en 1814 o poco después al comenzar el proceso canónico de santidad, copia del mismo proceso con todos los documentos... También está la tumba especialmente señalada en el cementerio de la Comunidad. Hay también una litografía perfectamente enmarcada y la plancha para imprimir estampas –del siglo XIX-, así como un retrato al óleo…. Todo como un tesoro de santidad escondida, como tantos otros que hay por los conventos.

Pero este caso tiene algo de muy especial porque se guarda con celo una copia del proceso canónico preparado para enviarlo a Roma. Los avatares de la historia con hechos tan contrarios a la religión como la supresión de las órdenes religiosas en 1820... nos hacen pensar que tal vez el proceso nunca salió de la diócesis y por las contrariedades políticas del momento, todo quedó en suspenso.

Se dejó como aparcado, pero nunca olvidado. Prueba de ello es que en el primer centenario de su muerte se le hizo un retrato pintado al óleo y con la siguiente leyenda:

"Vº Rᵗᵒ de la Mᵉ Sor María del Socorro, Religiosa Mínima. Murió en olor de santidad a 31 de Marzo de 1814 en su convtº de la Villa de Archidona. Era hija legítima de Francisco Astorga Frías y de María Liceras". Pero es ahora en el segundo centenario cuando un grupo de seglares se interesan mucho por ella hasta el punto de comprometerse a informatizar y transcribir sus escritos y mientras lo preparan para la publicación, realizan un artículo en la revista RAYYA: *UNA MONJA ARCHIDONESA FALLECIDA EN OLOR DE SANTIDAD: SOR MARÍA DEL SOCORRO ASTORGA LICERAS* (1769-1814) que se publicó en 2014, naturalmente la comunidad colabora gustosa y agradecida, se ofrecen también los sacerdotes de la parroquia… y he aquí llegado el momento en que la luz, que no podría quedar oculta, se pone sobre el candelero.

Realizamos pues esta breve reseña biográfica y quienes deseen conocer mejor su historia de santidad, los remitimos a sus escritos espirituales, que publicaremos en este mismo año. Esperamos de la misericordia de Dios en quien M. Socorro tanto confiaba, que llegue un día en que la Iglesia reconozca su santidad.

8 de Septiembre 2015,
Fiesta de la Virgen de la Victoria,
Patrona de la Orden de los Mínimos

Sor Magdalena López
Presidenta Federal

VIDA DE MADRE SOCORRO ASTORGA, MONJA MÍNIMA DE ARCHIDONA (MÁLAGA) 1769-1814

Sor María del Socorro, en el siglo, María Claudia Josefa, nació el 30 de octubre de 1769, y fue bautizada el día 1 de noviembre en la ciudad de Archidona.

Sus padres: Francisco de Astorga Frías y María Rosa Juana Liceras de la Cueva, habían contraído matrimonio el 28 de febrero del año 1768, y fue María, su primogénita quien vino a alegrar la felicidad del hogar.

Aquel mismo año, en el mes de noviembre, Francisco de Astorga Frías solicitó al Concejo de Archidona un solar, que había en la Plaza de la Iglesia para edificar en él su casa. Allí pasó María, su infancia y juventud. Francisco de Astorga Frías era un gran maestro alarife que construyó su vivienda, y otras muchas obras maestras como la torre de la iglesia del convento de las Mínimas.

Archidona vista desde el convento

Sus padres tuvieron otro hijo, llamado Francisco María Joseph, que nació en 1772 y que murió siendo niño. Sólo este hermano de padre y madre tuvo María, pues ocho meses más tarde, el día 5 de julio de 1773, fallecía su madre, María Rosa Juana Liceras de la Cueva, cuando aún no había cumplido 29 años.

> *[…] desde luego tuvieron mis buenos padres mucho cuidado con mi crianza, porque mi Madre aunque no fue voluntad de Dios que la conociera, por lo que no me acuerdo nada de su merced, me llena de consuelo el oír sus virtudes, y la crianza, que empezaba a darme gracias a mi Dios […]*

Cuando falleció su madre, María era muy pequeña, sólo contaba con tres años y medio, y no recordaba casi nada de su infancia, como revela en sus escritos.

Su padre, Francisco Astorga, al quedar viudo a la edad de 34 años y con dos hijos pequeños, contrajo segundas

nupcias con María Cubero Vilches, el día 23 de diciembre de 1773, cuando tan sólo habían pasado cuatro meses del fallecimiento de su primera esposa.

La relación de María con su madrasta no fue mala, pero tampoco muy buena. Ella comenta que cuando su padre volvió a contraer matrimonio, *le quitaron las muchas gachas que tenía*; desde entonces comenzó a endurecerse y a quedar acobardada; tan es así, que explica que parecía tonta por el temor que tenía a su madrasta, y que la tenían por tonta, llegando algunas personas a calificarla de esa manera.

En esos años de niñez, cuando aún tenía cinco años, temerosa de su madrasta y afligida porque su padre se había casado de nuevo, tuvo la primera revelación y visión en sueños de la Santísima Virgen, que la tomó como hija, reverenciándola desde entonces como Madre y como Señora:

> *[…] con una madre política, que aunque de pocos años, no lo recibí bien, y me costó trabajo vencerme a decirle madre, así afligida como he dicho, me quede dormida, y en el sueño vi una Señora hermosísima vestida, como se acostumbran a vestir las Señoras de Pasión, y me dijo, que no me afligiera, que era mi Madre que estaba en el Cielo, y que estaría conmigo. Esto aun-*

La Torre, obra de Francisco Astorga

que sueño lo digo porque de él me vino la devoción que he tenido siempre a la Señora en particular en el título de sus Dolores, y desde entonces la reverenciaba como a Madre.[…]

Como se puede leer claramente en el fragmento anterior, la devoción a la Virgen de los Dolores le venía por esta revelación.

Desde aquel acontecimiento, siempre que se refirió a la Virgen, lo hacía diciendo: Mi Dulce Madre. Desde entonces, tomó la costumbre de rezar siete Ave Marías, todos los días, en memoria y devoción a los siete dolores de la Virgen. Al mismo tiempo, le tenía devoción a San José, a la Sagrada Familia, al Santo Ángel Custodio y a San Juan Evangelista. El Santo Rosario se rezaba todos los días en su casa.

Virgen de los Dolores a la llama "mi Dulce Madre"

En esta edad comenzó a tener miedo de pecar, y según expresa, no discernía muy bien qué era pecado y qué no lo era. Por eso todo le parecía malo.

Con seis años, en 1774, la llevaron a la escuela. Con esta edad ya sabía leer, aunque explica en

varias ocasiones que la escritura nunca fue de su agrado. Estando en ese lugar, un día le quitó a otra niña una rosa seca, pero al salir de clase, vio una imagen de la Virgen, probablemente una capilla callejera situada en la fachada de alguna casa; rápidamente se arrepintió y corrió a devolver la flor; desde entonces quedó escarmentada y muy temerosa de no cometer ningún pecado.

Nos explica que sus padres la tenían todo el día ocupada con el libro, y leía la Pasión y la vida de los Santos. Por otra parte, comenta que su familia no quería que leyera mucho, porque temían que se volviera loca como su madre.

El juego, como no podía ser de otra manera, también ocupó otro espacio en su infancia; por las tardes la dejaban jugar con unas parientas, pero el juego que tenían era la lectura religiosa, que tanto a ella como a las otras niñas, les daba unos deseos de santas, y tenían que reñirles sus padres para que dejaran el libro.

A la edad de ocho años recibió la Primera Comunión. Relacionado con esto hay que decir que en su casa tenían a una mujer, para que ayudara a las tareas domésticas. Esta señora era la encargada de llevarla a confesar a la cercana iglesia parroquial. Sor María del Socorro nos cuenta, que aquella mujer advertía al confesor de su simpleza, como si no fuera capaz de confesar, aunque el sacerdote no opinaba lo mismo. Explica que conocía perfectamente la doctrina, pero que era como el papagayo, que no tenía la inteligencia interior que se requería. Por entonces comulgaba y confesaba una vez al mes, siempre con un confesor distinto; así lo hizo hasta los doce años, cuando recibe el consejo de que lo haga siempre con el mismo confesor; más tarde, le dan permiso para poder confesar cada quince días, y después cada ocho. Con esta edad ya pensaba ser religiosa, pero no revelará a su familia la vocación que sentía hasta los catorce años.

Pocos pecados tenía a esas edades, tan sólo la desobediencia a sus padres, algo frecuente en los niños, de levantarse tarde, pues dice que siempre había sido muy dormilona y cuando su madrasta la llamaba para que se levantara, se volvía a que- dar dormida. Así ocurrió hasta que un día, con nueve años, fue castigada por su madrasta por levantarse tarde; desde entonces no lo volvió a hacer, pues creía que ofendía a Dios.

Desde que hizo la Primera Comunión, había empezado a tener mayor conocimiento de la religión. Rezaba con mayor frecuencia a la Virgen. A veces pedía permiso a sus padres para recoger algunas flores que crecían en el patio de su casa y llevárselas a la Virgen. Explica cómo le gustaba quedarse sola en casa, encerrada al cuidado de sus hermanos pequeños, para arrodillarse en el suelo y adorar al Santísimo Sacramento, ya que desde su casa, situada en la Plaza de la Iglesia, veía la parroquia, dando gracias a Dios por haberla hecho su vecina. En cierta ocasión, a la edad de ocho años, fue a cerrar una ventana, desde donde se veía la iglesia; al inclinarse para adorar a Dios Sacramentado, se dio un golpe con un trasto que allí había y casi pierde un ojo, o como dice ella: le salió cascado.

Con diez años, empezó a temer menos a su madrasta. De sus escritos se deduce que la segunda esposa de su padre no era mala con ella, lo que ocurría es que se esforzaba por obligar a María a hacer algunas cosas normales, para evitar las habladurías de la gente, y que a ella no le gustaban.

En lo religioso, hay que decir que con diez años sintió los primeros fervores. Muchas veces, a escondidas, ayunaba y guardaba el alimento, para entregarlo como limosna a los pobres. Con esta edad sufrió un gravísimo percance, ya que alguien, accidentalmente, le clavó unas tijeras en la mano, pero podemos decir que milagrosamente se recuperó:

[…] fue tan grade el dolor que me quedé sin

sentidos cuando volví me hallé con la mano hecha garabatos todos los dedos con unos dolores grandes pero lo primero que oí fue el Rosario de mi dulce Madre de los Dolores esto me acordó la memoria de los dolores de los clavos que había sufrido mi amado Esposo y Señor causándome tan grande consuelo en mi alma que daba gracias (a) mi Dios que me había dado aquella ocasión en que yo padeciese, aunque duró poco mi tormento porque una tía de mi Madre muy devota de mi dulce Madre en el título de sus Dolores acudió a pedirle a la señora no me quedara manca que eso se pensaban todos los que estaban presentes y así que su súplica vino y me aplicó un paño de aguardiente exhortándome a la devoción con mi dulce Madre que me encomendara a la Señora y quedaría sana y así fue que al instante empecé a mover los dedos y amanecí con la mano buena solo un dedo algo encogido sin estorbarme para nada […]

Como consecuencia de esta curación, empezó a leer y a meditar sobre la Pasión de Cristo.

En la adolescencia trabajaba ayudando en la casa. Una de las tareas que aparecen en sus escritos es el cuidado de sus hermanitos, que en el segundo matrimonio de Francisco de Astorga Frías fueron ocho hijos, pero sólo dos llegaron a la edad adulta: Julián y Juan. En una ocasión que le encomendaron cuidar de sus hermanos pequeños, uno de ellos, no sabemos cuál, no le hizo caso, lo que provocó que María perdiera la paciencia y le pegara al niño; después de esto quedó muy arrepentida, ya que consideró que había pecado de impaciencia.

Con doce años, fue pretendida por primera vez. Este acontecimiento le provocó ciertos quebraderos de cabeza, porque no sabía cómo actuar. En relación con esto, cuenta que durante la Pascua, iba a casa de sus abuelos, donde había reunión con familiares y algunas cosas de diversión; allí acudían otras mocitas, probablemente de la familia, que hablaban de novios. Ella, aún siendo tan pequeña, empezó a reprenderlas y comenzó a llorar, implorando a la Santísima Virgen que la librara de las cosas del mundo. Después de esta escena, nunca más acudió a casa de sus abuelos durante las fiestas, pues su padre, Francisco de Astorga, le dio permiso sabiendo que a ella no le agradaba.

Fachada antigua del convento.

A los trece años, a consecuencia de los "adornos", es decir de las alhajas, lacitos y cualquier otro tipo de ornamento que usaban las jóvenes de finales del siglo XVIII para engalanarse, pasó un mal rato, pues su madrasta le decía que era algo normal y la obligaba a ponerse esos adornos, ya que pensaba que las habladurías de la gente dirían que como no era su hija natural, la tenía mal vestida. María odiaba

los adornos, le traían a la memoria los atributos de la Pasión; por ejemplo los lazos del pelo, le recordaban la corona de espinas; los anillos de los dedos, los clavos que atravesaron las manos de Jesús, etc. Finalmente su padre intervino y permitió que no se los volviera a poner.

A los catorce años le ocurrieron varios percances. La vecina levantó un falso testimonio que la involucraba. Decía que María, por las noches, hablaba por la ventana y no la dejaba dormir. Su madrasta dudaba que fuera cierto, pero la encerró de noche en su habitación, y no le permitía que fuera sola a misa. Esto causó mucho desconsuelo a María, pues en su casa había muchos niños pequeños que había que cuidar y, como consecuencia, su madre no podía acompañarla a la iglesia, que estaba frente a su casa. Un sacerdote aconsejó a su madre que podía dejarla ir sola a la iglesia, y que ella podría vigilarla desde una ventana de su casa. A los pocos días, la vecina volvió a repetir la misma queja, y en este caso la madrasta descubrió que era mentira, ya que su María seguía encerrada por las noches en su habitación; se lo dijo a la vecina y le *pegó un bigote* a la pobre mujer y no volvió más.

Con catorce años, le escribieron un papel pretendiéndola para el estado del matrimonio; no llegó a comentarlo con nadie, ni siquiera con sus padres, y no sabía cómo responder. Acudió llorando a su Dulce Madre, pidiéndole luz para conocer la voluntad de Dios. Ella dice que le repugnaba el estado del matrimonio. Mientras estaba orando, escuchó una voz que le decía:

> […] *Estando en estas peticiones oí una voz clara que me decía: no te quiero para ese estado sino para esposa de mi Hijo; quedé tan sorprendida y tan llena de consuelo que no puede explicarse, aumentaron mis deseos con*

la nueva luz que mi amado Esposo daba a mi alma y toda aquella noche se me fue en dar gracias a mi Dios y a mi dulce Madre […]

A los dieciséis años le aumentaron los fervores religiosos, deseando con más ansia ser religiosa. En esta época empezó a ayunar con mayor frecuencia, y a buscar la manera de mortificarse. Siempre que podía, dormía en el suelo, y como no tenía silicio, se ataba una soga con nudos; en otras ocasiones cogía una pleita angosta para colocársela en la cintura, que le provocaba magulladuras y llagas. Todo esto lo hacía a escondidas, pues nadie en su casa lo conocía. Como casi siempre estaba enferma, y tenía una complexión delgada, pedía, en sus rezos a la Santísima Virgen, ponerse gruesa, para poder seguir con las mortificaciones, sin que la descubrieran sus familiares. Al poco tiempo de comenzar sus peticiones, empezó a engordar y a ponerse colorada. Los médicos que la atendían, no encontraban la causa de esa mejoría, pero ella lo tomó por un gran favor que le había concedido su Dulce Madre.

El día 5 de octubre de 1786, falleció María Cubero, la segunda esposa de Francisco de Astorga Frías. Al día siguiente era sepultada en la iglesia parroquial de Santa de Ana de Archidona. En los escritos de la Sierva de Dios, se dice que cuando murió su madrasta tenía 15 años, pero lo cierto es que estaba a punto de cumplir diecisiete años. Una semana antes del óbito, María Cubero, la madrasta, otorgó su testamento y de éste podemos extraer algunos datos relacionados con María y su familia. En el testamento se dice que cuando María Cubero casó con el alarife, éste llevaba al matrimonio dos hijos, María y Francisco, pero que el niño falleció; que habían tenido varios hijos, de los cuales sólo sobrevivían Julián, Juan y la pequeña

Madre Socorro Astorga. Retrato al óleo en 1914.

Francisca. María Cubero legó a su hijastra unos zarcillos de oro y perlas:.

El día 7 de diciembre, Francisco de Astorga Frías realizaba la partición de bienes tras la muerte de su segunda esposa, María Cubero. En esta partición se recoge que el haber de María de Astorga Liceras, ascendía a un total de 1.932 reales y 21 maravedís y medio, por la legítima de su madre, y 60 reales del valor de los zarcillos, que su madrasta le había dejado en su testamento.

Es probable que su madrasta falleciera de una epidemia de tercianas que asoló la villa en aquel año. María también cayó enferma de esta epidemia, y según explica en sus escritos, estas calenturas le duraron ocho meses.

En aquel tiempo, el golpe más duro para ella fue la enfermedad de su padre, que cogió un tabardillo al mes de haber fallecido su segunda esposa. Estuvo muy grave y se temía por su vida. El médico aconsejó que cumpliera con sus deberes de buen cristiano; entonces María tuvo que sobreponerse y hablar con él para exponerle la gravedad de su enfermedad y el consejo que había dado el médico. A la casa acudió el escribano Juan Bruno de Godoy, y allí, en una sala, Francisco de Astorga dictó su primer testamento. Mientras esto sucedía, María estaba presente y a la vez escuchaba los comentarios de sus familiares en la habitación contigua, que se repartían el cuidado de sus hermanos pero ninguno quería cargar con la *tonta*. María respondió a una tía que no se preocupara, que si su padre le faltaba no le faltaría Dios. Ante esta situación, María rezaba a Dios pidiendo la salud de su padre; al poco tiempo, éste se restableció y a María, poco a poco, se le fueron curando las tercianas.

Después de estos sucesos, María comenzó a rezar menos, lo que le producía mucho desasosiego, como explica a lo largo de sus escritos. Se veía como una ingrata que no

agradecía lo mucho que Dios hacía y había hecho por ella. Seguía acudiendo con asiduidad a la iglesia, donde se confesaba frecuentemente, exponiendo a su confesor lo que para ella eran pecados; éste le decía que nada de lo que le decía era pecado. En este tiempo, cuando acudía a la iglesia, comenta que mucha gente, cuando estaba rezando, la entretenían y querían hablar con ella; por educación, atendía a la persona que le hablaba, pero intentaba dejar pronto la conversación. Para ella, esto era un gran pecado, aunque su confesor volvió a decirle que no lo era. Pese a los consejos de su confesor, seguía pensando que cometía pecados, y su conciencia no la dejaba tranquila por no dedicar más tiempo a la oración. Acudía a su Dulce Madre, la Virgen, donde encontraba el consuelo necesario.

La muerte de su madrasta obligó a María a tomar las riendas de su casa, y durante un año aproximadamente, estuvo en la situación antes descrita. Ella nos explica que en este tiempo cometió grandes pecados de impaciencia, porque algunas personas hablaron mal de su padre en su presencia, y empezó a defenderlo y a decirles a esas personas cosas que les podían molestar; rápidamente le vino a la mente una imagen de la Santísima Virgen y comenzó a oír en su interior:

> […] *cuando injuriaban a mi Hijo Santísimo no me irritaba contra los que lo hacían antes pedía por ellos* […]

Con esto quedó reprendida y comenzó a pedir perdón.

En esta época habló de nuevo con su padre sobre la vocación que sentía de ser religiosa, y a éste le pareció bien:

> […] *que se alegraba mucho que eligiera el estado de Religiosa porque el otro era bueno, este era mejor y así otras muchas cosas que me llenaron de alegría mi alma* […]

Otras veces volvió a retomar el tema con su padre, diciéndole que no iba a entrar en religión por causa de las enfermedades que padecía, y además por no dejarlo solo. Más tarde le comentaría a su padre que, en el momento en el que ella se pusiera buena, lo dejaría solo.

A los diecisiete años de edad, se hospedó un religioso en casa de una tía suya; para ella llegó a ser un santo forastero. Este sacerdote se convirtió para María en un gran apoyo. Con él hablaba frecuentemente de temas religiosos. Hizo una confesión general, le manifestó los grandes deseos que tenía de ser religiosa y lo imposible que lo veía, como consecuencia de la muerte de su madrasta y haber quedado una casa de niños y a mas de eso mi padre con las muchas enfermedades. María explica al religioso la vida que había decidido llevar en su casa, como si fuera una religiosa, permitiéndole éste que hiciera voto de castidad temporal, hasta que se volvieran a ver, y entonces decidiría definitivamente si quería ser religiosa. Éste sacerdote le organizó el modo de hacer oración.

En este tiempo se levantaba temprano, rezaba y luego comenzaba con las tareas domésticas; después se marchaba a misa, y cuando volvía tenía la lección espiritual, procurando estar en la presencia de Dios. Por la noche rezaba el Rosario, y demás devociones, después leía un rato junto a su familia antes de irse a dormir; una vez en su habitación tenía otra hora de oración.

El religioso le quitó los ayunos diarios; tan sólo le dejó dos a la semana y tres en Adviento, pues temía que cayera enferma. También le dijo que podía comulgar a diario, pero esto último no le gustó a su confesor habitual y, por escrúpulo, no lo hacía.

Pasado algún tiempo, el sacerdote se marchó y María quedó afligida, pues se había dado cuenta que ese hombre hacía mucho bien a su alma.

A los tres meses, después de la marcha del religioso,

María cayó enferma, con calentura durante dos meses, a consecuencia de un *panalizo* en un dedo. El médico indicó que era una enfermedad peligrosa, que era mortal, y como no mejoraba, el facultativo llegó incluso a sugerir la amputación de la extremidad. Ante esta situación, María, aunque estaba contenta de padecer por Dios, acudió a su Dulce Madre, la Virgen María, y al día siguiente, para asombro de todos, el dedo y la mano estaban totalmente recuperados.

Las enfermedades fueron muy frecuentes a lo largo de toda su vida. Por ejemplo, cuando tenía dieciocho años, al quedar ella sola al cuidado de su casa, su padre contrató a una mujer para que ayudara en las tareas domésticas; esta señora enfermó y, al mismo tiempo, María siguió con fuertes dolores de corazón y estómago; esta enfermedad le duró hasta los veintisiete años. Cuenta María, que el médico le había comentado en cierta ocasión a su confesor que:

Patio y claustros del convento

[…] *no hallaba más causa para mis males que el querer Dios que padeciera* […]

Como consecuencia de sus muchas enfermedades, acudió en tres ocasiones a un balneario situado en otra localidad. Esto fue causa de mortificación para ella por varios motivos: el primero es que tenía que salir de Archidona, y el segundo la mala reputación que estos lugares tenían para algunas personas, que los consideraban lugares de pecado; ella misma dice que prefería la muerte a ir a este lugar, pues pensaba que con ello ofendería a Dios, resistiéndose así a la voluntad del médico y de su padre. Finalmente tras una conversación con su confesor, éste le explicó que no era pecado mortal. María que calificaba el lugar como una Babilonia, dice, con asombro, que durante su estancia en ese balneario pudo vivir como en su casa, gracias a la protección de Dios y de su Dulce Madre.

El primer año que fue a los baños, la providencia le tenía reservada una buena sorpresa. María pedía en sus oraciones que le fuese facilitado un confesor que la entendiera, pues ella consideraba que era muy corta para explicarse. A su llegada, acudió a la iglesia, y allí se encontró con un padre carmelita descalzo; rápidamente sintió la necesidad de confesar con él. El religioso la oyó en confesión, recomendándole que mientras estuviera allí comulgara todos los días pero que no se confesara; no comulgó todos los días por temor a que se enterara la persona que la acompañaba.

Nada explica del segundo año que acudió a estos baños, pero sí cuenta algo del tercer y último año que fue. Dice que la tercera visita fue la peor, pues en la casa en la que estaba había otras personas que se pasaban todo el día de fiesta, cosa que, evidentemente, a ella le desagradaba. Además, en aquella ocasión se puso enferma, llegando a temerse por su vida; ante tanta gravedad, acudió un reli-

Iglesia de las Mínimas

gioso a visitarla en varias ocasiones, recomendándole que no siguiera la dieta tan rigurosa que tenía desde los diez años, pues afirma que sólo comía pan y carne.

En Archidona, desde que falleció su madrasta, hasta que entró como novicia en el convento, tuvo varios problemas con algunas personas, que la tildaban de embustera y la criticaban por su manera de vivir. La acusaron de ser una mentirosa, pues consideraban que sus enfermedades no eran verdaderas. Otras personas las criticaban porque pasaba mucho tiempo en la iglesia y desatendía las labores de su casa, cosa que no era cierta y además tenía permiso de su padre, Francisco de Astorga Frías, para acudir a la iglesia. Otras gentes decían que dilapidaba el dinero de su padre, porque daba muchas limosnas. Ella comenta que *tenía muy tranquila la conciencia, pues no hacía nada malo y atendía primero a la obligación y después a la devoción.*

Una vecina, quizás la misma que le había levantado el falso testimonio tiempo atrás, le tenía un poco de aversión. A esta vecina se le perdió una gallina, y cierto día desde el patio de su casa empezó a hablar mal de María, pues creía que se la había robado ella; gritaba que María era una hipócrita y criticaba el modo de vida que llevaba. Para evitar conflictos mayores, María se retiró a la sala de su casa, donde empezó a rezar a la Virgen y tras ello, se puso a leer un libro.

A lo largo de su vida tuvo revelaciones de acontecimientos que estaban a punto de suceder o que ocurrirían próximamente. Un mes antes de que falleciera su madrasta, mientras rezaba, tuvo la revelación de que eso sucedería pronto. Otro ejemplo acaeció mientras visitaba a una enferma llamada Ana:

> […] *había poco tiempo que aviamos entrado en la casa y no entramos a ver la enferma*

porque había poco que había recibido a su Majestad por viático y toda la familia estaba descuidada porque no manifestaba mayor peligro y yo la había oído hablar como si estuviera buena pero de pronto me vino un conocimiento que iba a morir que sin poderme sujetar dije a una hermana suya: Anica está acabando vamos allá, la que respondió andando hacia la sala de la enferma: no puede ser que ahora estuve allí y no tenía novedad; entró y empezó a clamar que se había muerto, aunque no era así pero tardó pocos minutos; y esto me h sucedido con muchos de no conocerlo el Medico y conocerlo yo sin saber por qué […]

LOS CAMINOS DE DIOS

Nos acercamos poco a poco, a su entrada en el convento. Pero antes de llegar a ser novicia en el convento de Mínimas de Archidona, a punto estuvo de entrar en otro convento, y en una orden diferente. Sin que sepamos la fecha y edad en la que ocurrió, comenta María que en cierta ocasión su hermana, debía ser la pequeña Francisca de Astorga Cubero, que no había muerto aún, quiso ir a Antequera y que María la acompañara. A ella le producía mucha repugnancia tener que desplazarse de Archidona, pero más tarde conoció que era obra de Dios. Lo primero que hizo al llegar a la ciudad vecina, fue decir que la llevaran al Convento de Agustinas Recoletas, más conocido como el de la Madre de Dios, pues allí tenía una parienta con la que se había criado, y a la que quería saludar, pues no la había

Grabado de M. Socorro.

visto desde que aquélla había entrado en el convento. Allí le sucedió lo siguiente:

> […] *llegando al torno y le hablé no más que dándoles las buenas tardes la respuesta fue: María con que te has puesto buena para ser Religiosa, pasa al locutorio y hablaremos y así lo hice algo sorprendida pero más me admiraba cuando le pregunté que como había sabido que estaba buena y que era para ser Religiosa y me dijo que había pasado una cosa que habían estado hablando de mí, comprendí por lo que me dijo que era cosa de revelación porque me dijo que había pasado una cosa a una Religiosa que era una santa yo me daba deseo de saber lo que era; nunca pude hacerlo y a poco rato de estar en el locutorio empezaron a venir Religiosas y todas venían diciendo que venían a ver la monja hasta que se juntó la Comunidad y la entrada de todas era la dicha y todas diciendo que me quedara allí, la madre priora me dijo que si me quería quedar, que no necesitaba más informe que el que tenía para abrirme la puerta, yo dije que no lo haría nunca con tanta aceleración sin que mi padre lo supiera no teniendo motivo para ello les di las gracias y se fueron y vino una sola y no quedo conmigo nadie porque llamaron a mis hermanos a otro locutorio con algún pretexto porque los entretuvieron el tiempo que estuvo conmigo aquella Religiosa, esta me dijo los años que había estado mala y que estaba buena y que me había dado mi Esposo la salud para ser Religiosa*

que no lo dilatara pues era la voluntad de Dios que si no lo hacía me volverían los males peores que los había tenido porque sentía a su voluntad yo dije mis temores de volver a estar con las enfermedades antiguas no poder cumplir con las obligaciones de Religiosa que esto sería para mí de muncha fatiga entonces me aseguró que no hubiera cuidado que no me sucedería que gozaría una salud completa en el tiempo que durara el componer las cosas asta entrar y en el año de Noviciado pero que en profesando que no me asustara porque no sería así que empezaría a padecer aunque no me estorbaría para cumplir con las obligaciones porque el Esposo me quería crucificada y otras cosas que todo sea cumplido como dijo aquella Sierva de Dios […]

De vuelta a Archidona, les contó a su padre y a su confesor todo lo sucedido. El confesor afirmó que aquello era la voluntad de Dios; al día siguiente escribió a las monjas de Antequera para saber a cuánto ascendía la dote de entrada. Las religiosas de Antequera respondieron que tras hacer unas "rebajas", la dote quedaría en 14.000 reales; cantidad a la que no podía hacer frente su padre. Recurrieron al obispado y al duque de Osuna para intentar conseguir alguna limosna para la dote, pero, desgraciadamente, no se consiguió nada. Se comunicó a las Agustinas recoletas que María no podría entrar a formar parte de su comunidad, porque no podía conseguir la dote requerida.

Tras esto, empezó la duda de dónde sería voluntad de Dios que entrara como religiosa. La decisión no se hizo esperar, pues cierto día de la novena de San Francisco de

Paula, estaba María en el Convento de la Victoria de Archidona, cuan- do le sucedió un milagro, que le reveló dónde era la voluntad de Dios que entrara como religiosa.

> […] *estaba pidiendo a mi Dios sacramentado luz para conocer su santísima voluntad en la elección de Religión en esto me quede con mucho recogimiento interior y me parecía que salían unos rayos de luz de la sagrada Hostia y se venían a mí formando un escudo de caritas se ponía en mi corazón causándome tanto ardor que parecía me quemaba aunque sin fatiga, antes era con mucho consuelo con esto tuve algún conocimiento que me quería mi amado Esposo en la Religión mínima y que el escudo que traemos exterior quería lo tuviera interior y así lo empecé a pedir a mi amado que si era así como yo lo pensaba que me diera lo que quería que tuviera y que yo le amara con toda el alma y con todas mis cosas y a mis prójimos por su y me parecía que todo me lo concedía mi amado Dios yo no puedo decir mas de esto porque le estaba temiendo el tenerlo que decir por no saber explicarme y haber pasado tanto tiempo, lo que puedo decir es que pasé muncha vergüenza porque me parece que perdí el sentido y se me pasó la tarde allí sin dar acuerdo de mí hasta que ya era cerca de la noche y me llamó la que había ido conmigo avisándome que era tarde yo desperté como quien esta muy bebido del sueño sin asentar (acertar) a hablar y como si estuviera tonta y lo más que sentía era que no podía decir que estaba dormida*

haber estado de rodillas ni podía echárselo al flato que es muy capaz pero quiso mi Dios que pasara este trabajo […]

Al llegar a su casa le preguntaron qué tenía; ella no explicó lo que le había pasado, por temor, y dijo que le dolía la cabeza. Al día siguiente, comentó con su confesor si sería posible entrar en el convento de Archidona; el confesor le comentó sus temores de que no pudiera llevar la vida cuaresmal, pues pensaba que podía sentarle mal a su quebrantada salud.

Podemos afirmar que esto ocurrió en 1799, el año que ella entró como novicia, pues en ese año visitó los conventos de la Victoria y Jesús María de Archidona, el provincial de la Orden de los Mínimos, fray Nicolás Batalla Aquino. De este hecho tuvo una nueva revelación María, pues el mismo día que el provincial llegaba a Archidona, ella lo presintió; estando en el patio de su casa, escuchó un carruaje que pasaba por calle Carrera:

> […] *y la tarde que vino oí el coche que pasaba por la Carrera y yo estaba en la puerta del patio de casa con otras personas y al oír el coche interiormente oí que me decían que pasaba el padre que me había de dar la licencia conforme lo oí lo dije a las que estaban conmigo estas me preguntaron que quien me lo había dicho como no lo podía decir dije ahora se me ha puesto esa tontería en la cabeza y me decían que qué tenía yo que ver con el Provincial que habían conocido mutación apenas se había oído el coche le respondía que no tenía que ver nada que era aprensión de mí pero era verdad, a poco rato vino mi confesor y me dijo que estaba el padre provincial así*

que le dijera si le hablaba para que diera la licencia […]

Su confesor le aconsejó que se decidiera pronto, y que orase para saber cuál era la voluntad de Dios. Ella acudió a su Dulce Madre, y al día siguiente se dirigió a su Amado Esposo; en la Comunión, conoció que no debía tener miedo y que debía entrar en el Convento de Jesús y María de Archidona. Tras conocer esto, se dirigió a su confesor para pedirle que realizara las gestiones pertinentes. Se habló con la comunidad de religiosas y con el provincial, y tanto las monjas como el padre fray Nicolás Batalla dieron su autorización para que María pudiera entrar en el convento de su pueblo.

Pasaron dos meses, y no se había verificado aún su ingreso como novicia. En su casa, la única persona que conocía lo que estaba pasando era su padre, hasta que su confesor dejó el libro de la Regla de la Orden en una mesa de la sala de casa de María. Mientras ella salía a la calle a despedirlo, su cuñada, la esposa de su hermano Julián, lo encontró y lo comunicó a todos los habitantes de la casa. Así se enteró la enferma, Ana Moyano, que se puso a dar gritos, pero no de alegría, ya que no quería que María entrara en religión. Su entrada en el convento de Archidona fue de dominio público, cuando el padre provincial acudió a su casa, junto a otros religiosos, para hablar con ella. A la oposición de algunos familiares, se unió la de otros religiosos amigos de su padre, que le instaban a que siguiera llevando la vida que hacía en su casa, de retiro y recogimiento, mejor que entrar en un convento.

En los días previos a su entrada como novicia, María tenía algunos miedos y dudas. Todo ello le venía, entre otros motivos, por dejar solo a su padre, y por los comentarios desfavorables de mucha gente. Su padre habló con

ella y la tranquilizó, diciéndole: que no se preocupara por él y que no prestase oídos a las habladurías de la gente:

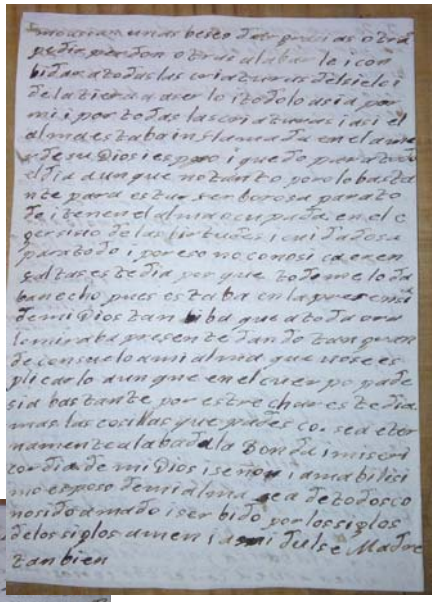
> […] *me dijo si dicen que estoy malo de pesadumbre di que no es así pues si estuviera agonizando y llegara la hora que tomaras el hábito me pusiera bueno del gusto que te dejaba en la Casa de Dios y hasta me dijo su merced tanto que quede consolada* […]

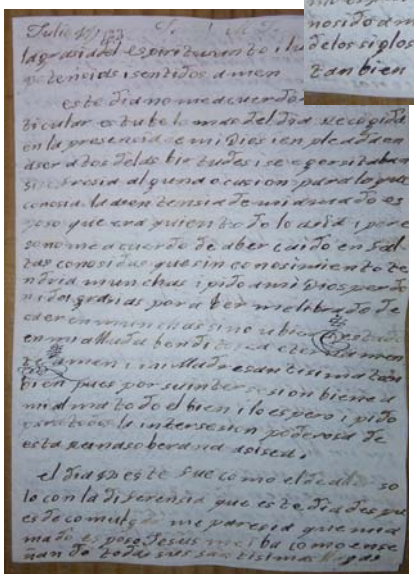
SU VIDA EN EL CONVENTO (1799-1814)

En la noche del 27 de agosto de 1799, María se preparaba, pues al día siguiente, 28 de agosto, día de San Agustín, tomaría el hábito. Quería desprenderse de todas las cosas del siglo; no quería que nadie la molestara; ni quiso que se hiciera convite, ni tampoco despedirse de familiares y amigos:

> […] *y esta noche estaba deseando verme libre de visitas que porque se me hacía tarde de acabar con todas las cosas del siglo o así que se fueron le di a mi padre todo lo que tenía así de dinero como otras cosas que tenía a mi uso sin reservar nada pues hasta el Santo Cristo que tenía al cuello y un relicario de plata desde niña y lo troque por uno de metal tan libre quería venir de las cosas de la tierra que todo me estorbaba no pensaba hacer más que lo que hacen con un muerto porque eso era lo que deseaba quería que todos entendiesen lo mismo que me había muerto para que no se acordaran de mí y así lo decía a todos los que me visitaban que hicieran juicio que me veían entonces con la última enfermedad y en entrando en el convento que me habían enterrado y me*

encomendaran a Dios esto decía a las personas que iban a verme en este día porque no quise despedirme de nadie por quitar la ocasión que me correspondieran ni quise que hubiera convite en el mismo fin […]





Escritos de Madre Socorro

Aquella noche no durmió, y al día siguiente, el de la toma de hábito, se levantó muy temprano, pidió la bendición a su padre y acudió a la iglesia, donde confesó y comulgó. Explica que en la comunión, parecía que su Amado Esposo acariciaba su alma y estaba contento con su entrada en religión y con los propósitos que María llevaba. Llegó su confesor para acompañar-

la al convento. En el breve espacio que separa la Plaza de la Iglesia del Convento de las Mínimas, María iba con gran recogimiento, pero tenía que romperlo a menudo para atender a las personas que la paraban para saludarla.

Los primeros días de vida religiosa, apenas tenía tiempo para la oración de comunidad, pues acudían muchos familiares para saber cómo se encontraba. Estas visitas la incomodaban y no quería acudir al locutorio; habló con la superiora para intentar evitarlas, y la respuesta que obtuvo fue: que las frecuentes visitas de familiares en los primeros días, era algo normal.

Durante el año de noviciado, no padeció ninguna enfermedad, algo poco frecuente a lo largo de su vida, pero una vez que hubo profesado, y como ya le profetizara la religiosa agustina de Antequera, le atacaron diversos males, lo que provocó que algunas personas la acusaran de haber engañado a las monjas, pues durante el año de noviciado no enfermó y después…

Un dato que recuerda María de su año de noviciado eran los días de recreación de comunidad, que celebraban por Navidad, y que no le agradaban mucho. Existía la costumbre en el convento de representar unos coloquios, un teatro, sobre la infancia de Jesús. En estos coloquios, algunas religiosas tenían que aprender un papel. Sor María, a pesar de su repugnancia, actuó los años 1799 y 1800 para dar gusto a sus hermanas de religión, especialmente a las mayores, que decían que les causaba mucha devoción; incluso en la del año 1800 lo hizo con gran sufrimiento, ya que el día anterior le habían extraído una muela, y el dolor llegaba a producirle vómitos. En la representación de 1801, alentada por su confesor de entonces, el padre Basilio, rector del Colegio de las Escuelas Pías, se negó a actuar, por lo que le suponía de sufrimiento y distracción en la oración, ya que en el tiempo de ésta, se dedicaba a repasar y aprender men-

talmente su papel y el de las demás, debido a su afán de perfeccionismo, que con el tiempo irá superando. Esta distracción en la oración era la causa principal a su negativa, aunque no lo daba a conocer públicamente, y las demás religiosas la acusaban de que su resistencia era debida a sus escrúpulos.

POR MI DULCE MADRE

En su año de noviciado le ocurrió otro suceso: cerca del día de su profesión encontró muy afligida a una connovicia, que llevaba dos años en el convento. Ésta pensaba que nunca llegaría a profesar, porque no podía reunir el dinero de su dote. María le dijo que no se preocupara, que llegaría a profesar; pidió por ella, y por la noche soñó:

> […] *le pedí a mi amado Esposo y Señor que la remediase con darle el dote quera lo que la tenía detenida y aquella noche soñé que estaba viendo a mi dulce Madre en una iglesia grande y hermosa y mi dulce Madre estaba con mi amado Esposo en los brazos y con mucho amor me lo dio diciendo que tomara al esposo de mi Alma lo tomé con mucho encogimiento porque aunque haya sido un sueño siempre he conocido mi miseria me hacía mi amado esposo muchos carnios y estando en esto vi a la novicia muy lejos y afligida y le pedí a mi amado Esposo por ella pero me parecía que mi amado Esposo no quería hacer caso y se lo pedí a mi Dulce Madre que intercediera para que aquel alma lograra la dicha de consagrarse a su servicio haciendo su*

> *profesión antes que yo y me lo concedió mi Dulce Esposo así que se lo pedí por su santísima Madre y me dijo que por la devoción que tenia de obsequiar a la Santísima Trinidad aquel día le darían el dote esto aunque no lo dije el sueño a la novicia le dije que se consolara que quizá para el día de la Santísima Trinidad le darían dote y así sucedió* […]

Esta religiosa, connovicia suya, era Sor Teresa de Jesús y Santa María y Medina, que profesó el día 24 de junio de 1800, natural y vecina de la ciudad de Vélez Málaga.

El 11 de agosto de aquel año, ante el escribano Juan Bruno de Godoy, se procedía a realizar la escritura de dote de María de Astorga, pagando su padre la cantidad de 500 ducados, lo que estipulaba el convento para las monjas de velo y coro, más otros 10 ducados por la joya de sacristía y otros gastos para propinas. Dos meses después de la profesión de Sor Teresa de Jesús, el día 29 de agosto de 1800, profesó María, siendo correctora del convento Sor Francisca de Escobar y Navarrete.

> […] *llegó el día de mi profesión el que me preparó mi Amado Esposo con mucho recogimiento interior y muchos consuelos que los causaba las palabra que mi alma oía a mi amado Esposo que me abrasaban en su amor y cuando llegó la hora de cantar la profesión me parecía que tenía junto a mí a mi dulce Madre y al poner las manos en las del Sacerdote me parecían que eran las de mi amado Esposo esto no era con los ojos del cuerpo sino con los del alma que era la que tenía vista aquel día pues estaba tal que si quien me tenía de aquella*

suerte no lo hubiera hecho el que yo cantase la profesión no lo hubiera podido hacer porque los sentidos corporales estaban muy tontos y así ni yo atendía al libro ni a nada arto hacía mi alma que entender a mi amado Esposo que lo miraba presente y dándome la inteligencia de las palabras que iba diciendo que vuelvo a repetir que no sé cómo las dije y me dijeron que las había cantado con mucho expediente porque pensaban que según mi genio se había de cortar como nadie sabía que no estaba yo para pensar en las criaturas y estaba como si estuviera sola con mi Amado, mi Dulce Madre y los Santos Ángeles esa era la compaña con quien estaba pidiendo dieran gracias a mi Dios y alabanza y a contemplarlo en aquel beneficio que mi amado me hacía sin merecerlo solo por su infinita bondad en este recogimiento estuve tres o cuatro días […]

Firma de M. Socorro

A ella, y a su confesor en el siglo, le hubiera gustado que su nuevo nombre fuera Dolores, pero algunas religiosas, y en especial la madre correctora, no se lo permitieron, pues cuando el Provincial de los Mínimos había autorizado su entrada en el convento, en 1799, le había puesto el sobrenombre de Socorro diciendo que aquel era el que Dios quería que tuviera. En una de sus muchas experiencias místicas, hay una referencia del porqué de su nombre, según su Amado Esposo Jesucristo.

> […] *y del nombre de Socorro me dijo mi amado esposo que me acordara que era para que tuviera presente el socorrer a mis prójimos en sus necesidades* […]

En sus escritos, parece que comparte dormitorio con otras religiosas, en una gran sala; dice que se sentaba en la cama cuando se despertaba, y sin hacer ruido rezaba, por dormir en el dormitorio a vista de muchas. En otras ocasiones, su redacción parece indicar que compartió celda con Sor María Teresa Ariza y Gálvez, pues una noche, dice que encontró la puerta de la celda cerrada y milagrosamente se abrió:

> […] *en una de las noches que solía ir a la celda a hacer el ejercicio de la madre antigua me sucedió hallar cerrada la puerta de la celda porque mi María Teresa había cerrado por dentro y yo no lo sabía estuve*

Enfermería antigua del convento

asiendo diligencia para abrirla y no pude y me iba y así que empecé andar medio otra vez deseo de volver a la puerta por ver si la podía abrir y al llegar se abrió ella misma lo que me causo novedad y mucho más cuando vi el susto que había dado a Maria Teresa que empezó a decirme como has abierto que tenía echada la aldaba y le conté lo dicho y al otro día se lo dijo al Padre Vicario que era su director y me llamó a mí el Padre para que yo se lo dijera y nos aconsejó que avisáramos una a otra cuando tuviéramos que hacer, y que estuviéramos tan unidas que no nos estorbáramos sino fuéramos custodia la una de la otra y así lo hemos hecho desde entonces que fue a poco de haber yo venido a la Religión […]

En otras ocasiones es bien distinto, pues parece que dormía sola en una celda. Puede, que incluso se dieran las tres situaciones en los 15 años que estuvo en el convento.

Durante su vida como religiosa, Sor María del Socorro realizó distintos trabajos: el primero fue el de enfermera, después el de portera y tornera.

En 1801 se construyó o reedificó la enfermería del convento, por lo que podríamos decir que ella "la estrenó". Su trabajo en la enfermería le supuso un disgusto con el resto de la comunidad, pues algunas religiosas decían que no sería capaz de realizar ese trabajo, e incluso llegaron a humillarla. Este trabajo también le proporcionó experiencias religiosas: en sueños veía lo que iba a suceder, y que después ocurría así; conocer quiénes morirían nada más entrar en la enfermería. Tuvo una experiencia cercana a Jesús: un día se hizo la remolona para no atender a una religiosa en-

ferma, pero escuchó la voz de Jesús, y rápidamente acudió a auxiliarla. La labor en la enfermería apenas le dejaba tiempo para acudir a la oración de comunidad. En ocasiones, durante el trabajo, meditaba sobre ciertos pasajes de la Pasión.

La envidia de otras monjas, dio origen a que en una ocasión la acusaran de malgastar el dinero de la comida de las enfermas:

> […] *en una ocasión que no salió el caldo tan blanco como otras veces aunque tenía lo mismo y habiéndoselo dado a una enferma se desasonò porque los males suelen poner a las criaturas penosas y fáciles para dar entrada a la tentación le dio entrada a un juicio temerario pensando me aprovechaba del dinero del gasto de las enfermas y no les daba lo que debía y así me lo dijo que las estaba haciendo no convalecer por no estar los alimentos como debían y tomando la taza se fue a buscar a la prelada para que pusiera remedio enseñándola a las Religiosas que encontraba este fue un golpe fuerte para mi amor propio y así me dio mucha batería viniéndome al pensamiento tanto decirle que tenía que hacerme violencia para llevarlo en silencio* […]

El conflicto llegó hasta el Provincial de los Mínimos, pues ciertas religiosas le escribieron diciéndole que no se les daba la comida necesaria en sus enfermedades. El padre Provincial pidió un informe a la comunidad y Sor María del Socorro fue llamada a capítulo, siendo examinada y encontrada inocente. La comunidad en general, pasó un disgusto, y aquellas que habían levantado el falso testimonio queda-

ron ridiculizadas. El suplicio fue más llevadero para Sor María del Socorro, que aunque acusada de ladrona, en una de sus experiencias religiosas con su Amado Esposo Jesús, oyó:

> […] *al instante mi Señor me manifestaba sus ejemplos en esta que falte me hizo conocer mi miseria diciéndome: yo justo y santo fui tratado como ladrón y no me quejé con lo que quedé reprehendida y enseñada y esta era la causa que aunque tenía ocasiones de mortificación me parecían nada y no tenía delicadeza para sentirme de cualquiera palabra le hallaba salida para disculparla* […]

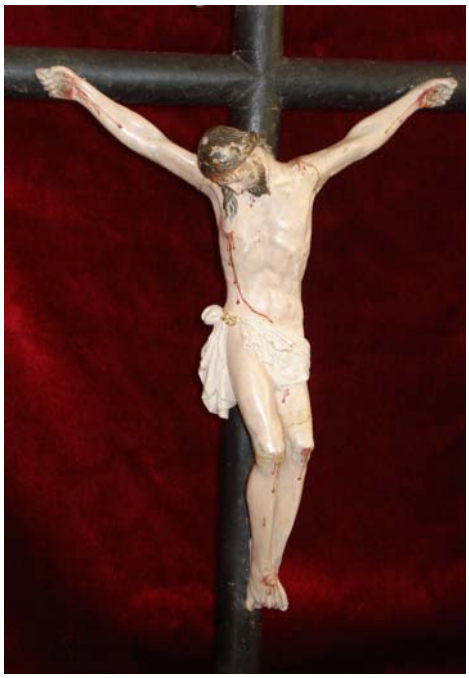
En la enfermería había un nicho en una las paredes, que era un altar con la imagen de mi Dulce Madre de Dolores. A esta Dolorosa, que aún se conserva en el coro del convento, acudía constantemente Sor María del Socorro para orar. Tanta devoción tenía a esta sagrada imagen, que durante la ocupación francesa de Archidona y ante la amenaza de que los franceses expoliaran el convento, se llevó a la Dolorosa a su celda para ocultarla.

> […] *enfervorizada con esto me fui a la celda para ver si podía ocultar la imagen de mi dulce Madre de los Dolores para que no fuera ofendida* […]

Muchos milagros y experiencias místicas experimentó en sus primeros años en el convento, relacionadas con la Santísima Trinidad, la Eucaristía, y otras revelaciones. Un milagro inexplicable le sucedió un día en su celda mientras descansaba. Al apoyar la cabeza sobre su mesa, donde había un crucificado, se quedó dormida, y entonces mantuvo un dialogo con su Amado Esposo; le pareció que el

crucificado reclinaba la cabeza sobre su pecho, causándole mucha dulzura en su alma; en ese momento pasó la madre Trinidad, que la despertó gritando que el Cristo del crucifijo tenía la cabeza inclinada. El rumor se extendió rápidamente por todo el convento y acudieron algunas religiosas, que pudieron ver y confirmar lo que había sucedido. Sor María del Socorro intentó quitar importancia al asunto.

En una época determinada, que no podemos precisar con exactitud, pero sabemos que fue por Pascua, la madre Sor María del Socorro Astorga salió del convento durante un tiempo. Desconocemos cual fue el motivo exacto de su salida, pero parece estar relacionada con las numerosas enfermedades que padecía. Ella vio esa salida como un castigo por sus muchas infidelidades e ingratitudes. Acudía a Dios pero no encontraba ningún consuelo. No sabemos cuánto tiempo estuvo fuera del cenobio, quizás sólo unos meses. Durante su estancia fuera del convento, conoció que la voluntad de Dios



Se conserva en el convento el Crucifijo que inclinó la cabeza

era que tomara por director espiritual al rector del Colegio de las Escuelas Pías, el padre D. Joaquín Tendero de Santo Tomás de Aquino, al que en sus escritos siempre se refiere como "Vuestra Reverencia". Tomó la firme decisión de que cuando volviera al convento, se lo comunicaría a la correctora. En 1808, ya de nuevo en el interior del cenobio, habló con la correctora, exponiéndole cual era la decisión; la Madre, en principio no se mostró muy receptiva, pues parece habían tenido algún problema con confesores y directores de fuera de la orden de los Mínimos. Tras obtener el permiso, tomó la decisión de hablar con él, cuando acudiera al convento a confesar, pero hubo varios intentos fallidos hasta que finalmente consiguió hablar con don Joaquín Tendero:

> […] *al oír las palabras que V. R. me dijo primeras no sé qué ensanche vino a mi alma como si una criatura estuviera muy oprimida de un gran peso y se lo quitaran, a este modo me sucedió y no era nacido de las palabras porque aquellas y otras munchas me habían dicho otros confesores pero aquellas se quedaban en los oídos y estas entraron al alma y con eso acabé de asegurarme de la voluntad de mi Dios y la alegría de mi alma salió hasta el exterior porque decían que se me conocía que estaba alegre* […]

El padre Tendero llegó a Archidona a principios del siglo XIX, pues en 1803 ya aparece firmando como Vicerrector en un documento de la comunidad. En 1804, fue destinado al colegio de San Fernando de Madrid, pero volvió a Archidona en 1807 para ocupar el cargo del rector del Colegio de las Escuelas Pías. Fue en esta segunda etapa en Archidona, cuando se hizo cargo de Sor María

del Socorro, dirigiéndola espiritualmente y ordenándole que escribiera todo la historia de su vida hasta ese momento, y que dejara constancia de todas las experiencias místicas que le sucedían día a día. En un principio le duró poco la felicidad a la madre Socorro, pues el padre Tendero fue apresado por los franceses, el día 25 de marzo de 1808, ya que fue calumniado ante uno de los generales que había en el pueblo. Fue llevado a Granada, encarcelado en un calabozo y a punto estuvo de ser ejecutado; pasado un tiempo fue liberado y regresó a Archidona. Posteriormente, el padre Tendero, estando en el colegio de Archidona, sufrió un accidente y se rompió una pierna; tras este suceso, y viendo que no mejoraba, fue llevado a su pueblo natal, Valverdejo (Cuenca). Durante su enfermedad, y estando en Archidona, siguió dirigiendo a Sor María del Socorro a través de cartas. En los escritos de esta Sierva de Dios se conservan algunas de estas epístolas. Entre esas cartas también se intuye que el padre Tendero pudo dirigir a la madre María Teresa Ariza. Tras pasar algún tiempo en Valverdejo, el escolapio, que llegó a ser Vicario Provincial de Castilla, volvió a Archidona.

En varias partes de los escritos de la M. Socorro, se intuye que el convento de las Mínimas y el Colegio de las Escuelas Pías de Archidona, mantuvieron muy buena relación. Prueba de ello podría ser la visión que tuvo Sor María de Socorro:

> […] *me parece que fue este día el que vi a mi dulce Madre en un trono sentada y que con un manto tapaba el colegio y este convento y los defendía de los enemigos* […]

En esta época convulsa de finales del reinado de Carlos IV y la ocupación francesa, Sor María del Socorro tuvo varias revelaciones sobre “lo airado que se encontraba

Dios", como consecuencia de las muchas ofensas que se hacían a la Iglesia, y también por la maldad de los hombres. Ella rezó aún con más intensidad para evitar que la ira de Dios cayera sobre el pueblo y los hombres. Durante los años de la invasión francesa, en varias ocasiones existió amenaza de que las tropas invasoras entrarían al convento y lo asaltarían, pero la Sierva de Dios tuvo una revelación que le aseguraba que no entrarían. En cierta ocasión, se recibió en el convento una carta de los franceses, en la que se comunicaba que al día siguiente los invasores entrarían al convento. Ella volvió a tener la misma revelación y, efectivamente, los franceses no profanaron el cenobio. En otra ocasión los invasores entraron en el convento antes de marcharse definitivamente del pueblo, pero como ella dice en sus escritos:

> […] *y así no les había permitido hicieran daño alguno como es verdad pues entraron como unos corderos y no anduvieron más que donde los llevaron* […]

Estas cosas no impidieron que durante los años de la invasión, pidiera y rogara a Dios por la vida de un francés herido, que a punto de morir, se negaba a comulgar y a encomendarse a la Divina Providencia. Algo similar le ocurrió con un reo que iba a ser ajusticiado, por el que pidió y oró por su salvación.

En sus escritos, se habla de otros puestos y oficios que ocupó en el convento, el de portera y tornera, como ya dijimos anteriormente. El puesto de portera parece que no le gustaba mucho y que le ocasionó algunos conflictos, como sucedió el día que la eligieron para el cargo. El oficio de portera y tornera era codiciado por algunas religiosas; ella lo aceptó con algún desagrado, pero no se quejó. Una vez terminada la elección, empezó a oír las habladurías de

otras hermanas. Para no prestar atención a las envidias, se fue al coro a adorar al Santísimo. Una vez hubo terminado de rezar, al salir del coro, empezó a ver "malas caras", por lo que acudió a la correctora para que le diera el oficio a otra. La superiora le respondió que no, y no le quedó más remedio que resignarse y obedecer.

Muchas desazones le provocó este oficio, pues entre otras cosas, en tiempos de obras no veía el coro sino de noche y por la mañana antes de empezar las faenas del día. En otra ocasión tuvo un conflicto con otras religiosas: el día que entró la madre María de la Rosa, ésta y otras personas, que no eran religiosas, se estaban paseando por el convento, y ella les llamó la atención diciendo:

> […] *no habiendo otra portera allí más que yo le dije Usted no sabe que esto es clausura lo dije mas bien por las que iban con ella porque eran las que me causaban algún enfado porque lo debían saber* […]

Cementerio actual

El trabajo de tornera, en un principio, tampoco le gustaba mucho, pues acudían a él muchas personas, visitas, familiares, pobres, etc., y no le quedaba tiempo para la oración.

Pese a ello, solía acudir con alegría al torno, después de que en cierta ocasión, había tenido una revelación en la que había conocido:

> […] *es mi voluntad vayas al torno allí estaré contigo si como fiel esposa procuras no apartarte un punto de mi presencia encaminando todas tus obras y palabras a mi mayor gloria en el trato con tus prójimos, tus palabras serán pocas y éstas solo atendiendo a mi mayor gloria y bien de tus hermanos procurando en buscar el mayor… bien de sus almas como lo hicimos yo y mi madre mientras vivimos en este mundo* […]

Todos los días, antes de empezar a desempeñar el oficio, y quitarle el cerrojo al torno, se postraba en el suelo y rezaba. En ocasiones a pesar del "bullicio" que acudía allí, estaba recogida en la presencia de su Amado Esposo. En cierta ocasión, el recogimiento en la presencia de Dios fue tan extremo, que tuvo que apoyar la cabeza en la pared, pidiéndole a su Amado Esposo no le regalara tanta dulzura. En otro momento, cuando daba limosna a un pobre:

> […] *fue al darle a un pobre un poco de pan que me iba a comer porque era la hora de comer y conforme lo di me parecía me decía mi amado esposo tú me has dado la comida y yo te doy mi corazón con lo que se encendió mi alma en un amor muy grande y empecé a dar gracias a mi Dios* […]

Muchas experiencias religiosas hay a lo largo de los escritos de Sor María del Socorro Astorga, pues son algo más de 1000 folios. Aparte de sus experiencias místicas, también encontramos en sus escritos anécdotas graciosas, como la que le sucedió en cierta ocasión, cuando unos gatos se comieron lo que tenía preparado para comer.

En febrero de 1813, sus escritos se interrumpen y no continúan sin ningún motivo. ¿Enfermó gravemente o se perdió lo escrito en su último año de vida? Sea como fuere, lo cierto es que el día 31 de marzo de 1814, falleció en olor de santidad a los 44 años de edad.

Fue sepultada en una cripta-panteón que existía en el convento, construida en 1732, siendo correctora la madre Sor Ángela Margarita Vázquez y Castro, más concretamente fue enterrada en el nicho cuarto de la fila de abajo, a mano izquierda a la entrada.

No sabemos hasta cuándo sus restos permanecieron allí, pero lo cierto es que hoy se encuentran en un pequeño cementerio, que la comunidad de Archidona tiene en el patio del convento. En 1838, aparece por primera vez mencionado el panteón del patio. Llama la atención que se vaciaban nichos y eran ocupados por otras difuntas, pero el nicho cuarto de abajo de la izquierda, donde estaba enterrada Sor María del Socorro, nunca aparece ocupado por otra religiosa; es decir, que su sepultura fue respetada, lo que nos hace pensar que en su último año de vida debió dar grandes muestras de santidad.

Es probable que sus restos fueran trasladados al patio el día 10 de junio de 1921, cuando se desocuparon cinco nichos de la cripta. En 1962 se verificó la bendición del cementerio del patio, y parece que los restos de la Sierva de Dios ya se encontraban allí. En 1997, se arregló el cementerio del patio, terminando las obras en septiembre; en ese momento los restos de Sor María del Socorro fueron

exhumados otra vez, y mientras el cementerio se arreglaba, permanecieron en la celda de la correctora.

La tumba conserva una vieja lápida, que parece de finales del siglo XIX o principios del XX. Tiene grabada erróneamente como fecha de la defunción el 31 de mayo, cuando debía ser el 31 de marzo.

Lápida actual de Madre María del Socorro Astorga, muerta en olor de santidad

SUS ESCRITOS ESPIRITUALES

Como ya dijimos en el apartado anterior, sus escritos espirituales son fruto de la obediencia, pues el padre Joaquín Tendero de Santo Tomas de Aquino, rector de los escolapios de Archidona, fue quien le ordenó que reflejara todo lo que le sucediera. Algunas hojas se han perdido, pues ella misma dice que las destruyó quemándolas.

En sus escritos, se diferencian dos partes: una primera en la que deja constancia de su infancia, vida en el siglo y primeros años de vida en religión; y una segunda en la que, por mandato de su director, pone por escrito, día a día, sus experiencias espirituales. En esta segunda parte es donde obtenemos más detalles concretos de sus innumerables revelaciones y similitudes con otras grandes figuras de la Iglesia.

En líneas generales podemos destacar algunos aspectos de la espiritualidad de Sor María del Socorro de Astorga. Su experiencia religiosa se enmarca dentro de una corriente afectiva, que arranca en las postrimerías del siglo XV con los místicos renanos y bebe en San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, Bernardino de Laredo… En el siglo XVI, conecta con las grandes figuras del misticismo español: Francisco de Osuna, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ávila, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios…

A continuación, por medio de tres ejemplos, expondremos la similitud de las experiencias místicas de Sor María del Socorro Astorga, con tres grandes santos, dos de ellos españoles y una francesa: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Lisieux.

Percibimos ecos de las experiencias místicas de la Santa de Ávila, en la transverberación, cuando siente su corazón atravesado por flechas de amor, igual que siente Sor

María del Socorro y lo describe en el siguiente fragmento:

> […] *y después me vine al torno donde se aumentaba cada vez más los consuelos porque todo cuanto hacía se agradaba mi amado esposo de ello por chica que fuera la cosa que hiciera por su amor pero a todo cuanto así me parecía me decía mi amado esposo: tú me das eso y yo me doy a ti todo soy tuyo, otras veces: si me amas yo te amo con un amor infinito y así a este modo iba pasando el día en medio de las ocupaciones exteriores pero no es posible explicar lo que causaba a mi alma las palabras de mi amado esposo pues eran unas flechas de amor tan fuertes que herían y encendían el alma de modo que no sé explicar porque como he dicho me parecía estar algunas veces fuera de mí y en esta disposición tener que atender a las criaturas me era bastante trabajoso poder disimular y así quería algunas veces desentenderme que tenía a mi amado en mi corazón pero mientras yo más cuidado ponía más me daba de modo que algunas veces era tan grande la violencia que tenía que hacerme que le decía a mi amado esposo no me diera tanto que no podía* […]

También en:

> […] *y tuve que bajar al Refectorio que tenía que echar la bendición por tocarme esta semana y me había puesto tan ronca del ardor tan grande que me había dado en el pecho que lo hice con trabajo y como la causa seguía pues allí mismo estaba mi amado hablando a mi alma y el alma humillada y agradecida respon-*

> *diendo mi amado esposo decía a mi alma: mira con cuanto amor te he mirado y me he dado todo a ti que haces tu por mí. Estas son unas flechas encendidas que solo se conocen bien experimentándolas porque el alma se derrite al mismo tiempo que queda tan humillada en el conocimiento de su nada* […]

Además de esto, tenemos el testimonio directo que nos ofrece la madre Socorro el día 15 de octubre, festividad de la Santa de Ávila:

> […] *y así con este conocimiento acudo siempre aquellos medios en lo que me parece puede ser admitida aquella pobreza de mis obras esto así oí también en honor de señora santa Teresa y pidiéndole fuera mi protectora y abogada para con mi Dios y esposo y mi señora o Madre alcanzándome la gracia de imitarla en las virtudes con perfección ya que por su infinita misericordia me había mi Dios concedido algunos de los favores que había concedido a la santa lo que en este día padre mío y en la tarde de ayer me ha traído como avergonzada por conocer esto que acabo de decir y así no podía mas que humillarme y alabar la infinita misericordia de mi Dios para conmigo pues resplandece más en favorecer a quien no lo merece* […]

Pasamos ahora a algunas de las similitudes, que encontramos en los escritos de sor María del Socorro, con San Juan de la Cruz. Tanto uno como otra, se ven inca- paces de expresar con palabras las experiencias inefables, que ellos ven con tanta claridad en su interior. Dice San Juan de la Cruz:

Estaba tan embebido, tan absorto y ajenado, que se quedó mi sentido de todo sentir privado, y el espíritu dotado de un entender no entendiendo, toda ciencia transcendiendo.

También, San Juan de la Cruz, en sus Dichos de luz y amor, expresa en prosa la misma idea:

> *"Una de las grandezas y mercedes que en esta vida hace Dios a un alma, aunque no de asiento, sino por vía de paso, es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios, que entiende claro que no se puede entender ni sentir del todo."*

Y escribe sor María del Socorro Astorga:

> […] *porque conociendo a Dios sin conocerle porque el solo a si se conoce pero ilustrada el alma con aquel rayito de luz conoce mucho y conoce que no conoce nada porque no puede el entendimiento comprender lo que es incomprensible pero queda anegado y no puede nada más que estar suspenso y la voluntad amando aquel infinito bien que conoce y no comprende y por eso padre mío digo con verdad que no puedo explicar nada de lo que conozco cuando me dan conocimiento de la divinidad solo lo que puedo decir es que entonces no era por fe que hay un Dios y tres personas distintas indivisibles iguales eternas que todo lo ve el Alma* […]

Santa Teresa de Lisieux o Santa Teresita del Niño Jesús, la santa carmelita francesa, de la segunda mitad del s. XIX aprende de su hermana Paulina, una idea, muy semejante a la que unos 80 años antes, había escrito la madre Socorro:

ambas místicas vienen a expresar, con ejemplos similares, la capacidad que tiene Dios de plenificar, de llenar con su amor, todas almas, siendo éstas muy distintas en sus capacidades. Nos dice Sta. Teresita:

> […] *Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, le manifesté mi extrañeza de que Dios no diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y mi temor de que no todos fueran felices. Entonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papá y que lo pusiera al lado de mi dedalito, y luego que los llenara los dos de agua. Entonces me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Entonces mi Madre querida me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada que envidiar al primero.* […]

Y sor María del Socorro lo ilustra con un ejemplo parecido:

> […]*me iba a la iglesia triunfante porque en la oración me iba allá y allí me iba bien pues veía mi alma la gloria que gozaban todos los santos y que todos estaban tan llenos de gloria que no podían desear más porque estaban tan llenos que explicándome con una comparación material diré algo aunque no sea muy acomodado como si en una fuente copiosa de agua tuviera muchos caños y hubiera muchas vasijas unas chicas y otras*

> *grandes y todas estuvieran llenas todas tenían lo que necesitaban según el tamaño que tenía a este modo me parecía estaban las almas tan llenas de Dios que todas estaban igualmente llenas sin ningún vacío cada cual según sus méritos pero como tenían mas estaban igualmente gustosas porque gozaban de lleno al sumo bien que ya no perderán por toda la eternidad y a quien amarán sin intermisión* […]

Es curioso señalar que estos tres santos, que hemos escogido por las semejanzas de sus experiencias místicas con las de Sor María del Socorro, los tres son Doctores de la Iglesia, título que a pocos santos se les concede.

Para acabar con este epígrafe, referiremos otra experiencia de M. Socorro, que se repite con frecuencia a lo largo de su relato. En un elevado número de ocasiones, afirma que era tanto el amor de Dios que sentía en su corazón, que le producía un ardor fortísimo en su pecho, en el sentido

Fuente donde bebía M. Socorro para apagar su sed

más literal de la palabra. En una de estas ocasiones, tuvo que ir a refrescarse con agua, porque no podía sufrir más este fuego abrasador:

> […] *en todas las enfermas miraba a mi Señor el que algunas veces me hacía estar poco menos que loca de amor que me encendía de modo que tenía muchas veces que retirarme y meter las manos en agua porque me abrasaba* […]
>
> […] *porque el calor natural del tiempo junto con el que yo tenía me causaba una cosa que parecía me iba a dar un accidente malo por lo que tenía que salir a buscar algún fresco y beber alguna poca de agua estas salidas las tenía que hacer a fuerza pues parecía que mi corazón tiraban al sagrario* […]
>
> […] *el de el corazón que es con tanto ardor que parece que se está quemando porque se ha quedado hecho una fragua y cualquiera cosa hace que arda más* […]

Existe una tradición oral en el convento, transmitida de unas religiosas a otras, que señala que a una pila del patio, la única que tenía el agua cayendo continuamente, iba la madre María del Socorro a tomar algún alivio para el ardor divino de su corazón. Estas experiencias se reconocen también en otros místicos y santos: San Felipe Neri; la Venerable Madre Úrsula Benincasa, cuya vida, o parte de ella, conocía sor Socorro, como se lee en el libro de sus escritos; y otros muchos, que harían la lista interminable.

UN PROCESO DE BEATIFICACIÓN INTERRUMPIDO

En el Primer Capítulo General Nacional de la Orden de los Mínimos en España, celebrado en Alcalá de Henares en 1825, se acordó que se procediera a la correspondiente información jurídica de Sor María del Socorro Astorga Liceras:

> […] *Luego propuso el M.R.P. Provincial de Granada Fray Juan Clavellina que había doce años poco más o menos muerto en nuestro Convento de Religiosas de Jesús María del Socorro de Archidona la Madre Sor Maria del Socorro Astorga, cuya vida ejemplar, humildad profunda, vehemencia de amor divino, obediencia ciega, continuado silencio y admirable sabiduría en sus escritos habían persuadido a cuantos la conocían que había muerto en olor de Santidad: lo que hacía presente al Reverendísimo Capítulo, para que dispusiese lo más conveniente. Esta exposición llenó de tanto placer y enajenamiento los ánimos de todos los Padres que prorrumpieron en acción de gracias al Todo-Poderoso, y mandaron que el enunciado M.R.P. Provincial de Granada con sus Colegas por si, o por quien tuviesen, procediesen a la información jurídica de todo con la detención, celo y prudencia que de suyo exige un asunto tan delicado, y diesen cuenta a Nuestro Reverendísimo de cuanto resultó, para que en su vista, determine según Dios lo que más convenga a su gloria y honor de nuestra Sagrada Religión.* […]

La referencia de Sor María del Socorro al Capítulo General llegó a través de fray Antonio Almohalla Moyano, fraile mínimo de origen archidonés el cual tenía una hermana en el convento de Archidona, Sor Teresa de Jesús Almohalla Moyano, que profesó el día 6 de octubre de 1805, y que fue correctora del convento.

El día 5 de mayo de 1828, fray Antonio Almohalla, como provincial de la Orden, autorizó una comisión formada por los padres fray Juan de Flores y fray José María del Moral para que acudieran al convento de las Mínimas de Archidona y recogieran y cotejaran todos los documentos de Sor María del Socorro Astorga. Dos días más tarde se comunicaba a la correctora del convento la orden del Provincial.

El día 13 de mayo del mismo año, los citados frailes acudieron al convento, y les fue facilitado un cajoncito de madera, donde se guardaban los escritos de la Sierva de Dios, el mismo donde ella los guardaba y el mismo donde hoy se encuentran; además les fueron facilitados los libros maestros de la comunidad, para cotejar la letra. Al salir del convento, los religiosos acudieron al Colegio de las Escuelas Pías de Archidona para que los padres escolapios Tomas Garrido del Patrocinio de la Virgen, Asistente General de España, y Tomás García de San José, rector del colegio, nombraran peritos para cotejar las firmas y letra de Sor María del Socorro. El día 16 de mayo, los mencionados escolapios, tras cotejar las firmas y letras, dieron por verdaderos los escritos conservados en el cajoncito.

El día 9 junio del mismo año, se procedía a copiar literalmente todos los escritos de la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga, para adjuntarlos en su proceso de beatificación. Comenzaba la información jurídica.

El día 25 de septiembre de 1829, se ponía fin a la copia literal del documento en el Convento de la Victoria de Ar-

chidona. Al día siguiente, los padres fray Juan de Flores y fray José María del Moral, ordenaban que se devolvieran los originales al convento de las Mínimas. Quedando a la espera de lo que dispusiera el padre Provincial.

El día 12 de mayo de 1830, los padres fray Juan de Flores y fray José María del Moral entregaron, a través del torno a la correctora del convento, los escritos de Sor María del Socorro, quedando depositados en el archivo de la comunidad.

Después de estas diligencias, aún no sabemos lo que ocurrió. Lo que sí sabemos es que en 1835, a consecuencia de la desamortización y exclaustración, ordenada por Juan Álvarez de Mendizábal, las diligencias del expediente de la Reverenda Madre Sor María del Socorro Astorga se vieron interrumpidas y nunca se volvieron a retomar. Es probable que como consecuencia del inicio del proceso, se realizara un grabado de la Sierva de Dios. Un verdadero retrato que fue obra del grabador José Ramos de la Vega (Cádiz 1779-¿?), del que aún se conserva la plancha original. No sabemos quién encargó el grabado ni quién fue el que indicó el aspecto que tenía la Reverenda Madre; pudo ser alguno de sus hermanos, Julián o Juan.

La familia de la religiosa, descendientes de aquellos Astorgas, en el siglo XX mandaron hacer un retrato. El lienzo era propiedad de don Javier Guerrero Astorga, secretario judicial y notario eclesiástico de Archidona, que parece que tenía algún grado de parentesco con Sor María del Socorro Astorga. Más tarde, el cuadro pasó a ser propiedad de Dª Purificación Guerrero Martínez, hija del anterior, y finalmente, sus descendientes lo donaron al convento.

EPÍLOGO

Para finalizar nos gozamos con esta mística malagueña compartiendo esta Poesía extraída de sus escritos:

Convido a todas las almas,
con el profeta rey,
que prueben y verán
cuán suave es el Señor.
Si dejan la nada,
se encuentran el todo.
Si lo buscan, lo hallarán,
y perdiéndose a sí mismas,
lo encontrarán.
No os detengáis almas,
que os llama el Señor
y os espera con amor.

No os detenga cosa alguna,
que os espera con amor,
corred a buscar su voz,
que con ella nos convida,
y nos promete el perdón;
y nos concede su gracia,
que es prenda de más valor.
Todas las cosas criadas
son nada en su comparación.
No cerremos los oídos,
almas, a tan dulce voz,
con que nos llama y convida
nuestro amable Redentor.

Sor María del Socorro Astorga

ÍNDICE

Se puede imprimir del P. General, Francisco Marinelli 2

Presentación……..…….. 3

Premisa.…….…… 5

Vida de San Nicolás……..…...…. 7

Espiritualidad de San Nicolás de Longobardi……..... 28

Iter de la Causa…….…….……..….. 55

El milagro…….……...…….... 57

La oración a San Nicolás….……...……. 59

MÍNIMAS DE ARCHIDONA

La Orden de los Mínimos fue fundada en el siglo XV, en Italia, por San Francisco de Paula. San Francisco llevó una forma de vida contemplativa, de oración y penitencia. En un principio, surgió como una congregación eremítica que fue confirmada por el Papa Sixto IV en 1474. La Regla de la Orden tuvo tres redacciones que fueron aprobadas por el pontífice Alejandro VI, pero la Regla definitiva en sus tres ramas fue aprobada por Julio II en 1506.

San Francisco de Paula, obra de Murillo.

La Orden se extendió rápidamente por Italia. Los primeros conventos fueron fundados en Calabria y Sicilia, expandiéndose con posterioridad por toda Europa y llegando a España en 1492, fecha en la que se funda el primer convento, el de la Victoria de Málaga.

No obstante, la línea femenina o segunda rama

de la Orden se fundó en 1495, en Andújar, en las casas dejadas por el Conde de Lucena, siendo la primera correctora Sor Francisca de Lucena Olid. A partir de ahí se fundaron otros conventos, siendo el de Jesús María de Archidona, el cuarto y fue fundado el día 18 de enero del año 1551, festividad del Dulcísimo Nombre de Jesús, por don Juan Téllez-Girón, IV Conde de Ureña, que entre otros títulos era señor de Archidona, junto a su esposa doña María de la Cueva y Toledo, siendo provincial de la Orden de los Mínimos el Muy Reverendo Padre Fray Francisco de Baeza.

Las primeras religiosas que llegaron a Archidona fueron Sor Antonia de San José Montenegros y Sor María de Jesús Quesada que provenían de la fundación de Andújar.

Desde su fundación, el convento de Archidona fue recibiendo religiosas, tanto de la propia villa como de otros lugares de Andalucía. La comunidad de religiosas siempre tuvo un número aproximado de 40. Algunas Mínimas de Archidona, partieron desde aquí para fundar nuevas comunidades como el Convento de Santa Eufemia de Antequera, en 1601.

Ha tenido este convento, muchas religiosas dignas de ser mencionadas por su vida ejemplar, pero sería largo nombrarlas a todas. Destacamos a Sor Inés de Quesada, una de las primeras monjas y la primera que falleció en olor de santidad en 1593 y el excepcional caso de M. Socorro Astorga. Para resumir citamos las palabras del Beato Fray Diego José de Cádiz (1743-1801) sobre este convento:

> […] *Padre Síndico, vengo lleno de asombro, pues no es un convento de religiosas el que he visto, es un relicario que encierra preciosas joyas de virtud* […]

Y ya en nuestros días hemos conocido testimonios tan ejemplares como el de Sor Ángeles Rodríguez que tras su larga vida de 96 años, se nos marchó al cielo en 2013 y ha sido un testimonio evangélico y ejemplo de Regla viviente. Todas recordamos su sonrisa siempre a punto, y una caridad y humildad extraordinarias…. ¿procesos de beatificación?... sencillamente es haber cumplido fielmente una misión, haber dado una respuesta generosa a JESUCRISTO el amor de su vida, haber sabido seguir los pasos de San Francisco de Paula, el *fiel imitador del Redentor* y ser *mínima* hasta la muerte….

Más información y petición de libros:

Monasterio Jesús María del Socorro

MONJAS MÍNIMAS

c/ Nueva, 39 Tel. 952714184

29300 – **ARCHIDONA** (MÁLAGA)

e-mail: minimasarchidona@minimas.org

www.minimas.org/archidona

Impreso en CIUDAD REAL 2015